

Las fuerzas sindicales en Argentina se movilizan para la reunificación

John Reichertz/UPI

BUENOS AIRES, 9 de julio. — Las fuerzas sindicales argentinas tratan de recuperar la unidad y el poder que tuvieron bajo la dirección del extinto presidente Juan Domingo Perón.

El primero de julio, en el cuarto aniversario de su muerte, tres mil personas se reunieron frente a la iglesia donde se ofició una misa en su memoria. Cuando los dirigentes sindicales que asistieron al acto abandonaron el templo, la multitud gritó "Viva Perón" y "Ni yanquis ni marxistas: peronistas".

La policía intervino y dispersó la manifestación con bombas lacrimógenas, pero ya la celebración de la misa había logrado congregarse a representantes de varios sectores sindicales que desde hace meses, con motivo de la renovación de sus contratos de trabajo, buscan la unidad del movimiento laboral.

Los sindicatos de Argentina, en su tiempo los más poderosos de América Latina, fueron desmantelados por las leyes del gobierno militar que derrocó a la presidenta Isabel Martínez de Perón en marzo de 1976.

El gobierno del general Jorge Rafael Videla anuló una larga serie de conquistas gremiales, prohibió las huelgas y practica una política de represión salarial.

La Confederación General del Trabajo, con dos millones 900 mil afiliados, que era uno de

los bastiones del peronismo, fue puesta bajo dirección militar.

Por su parte, los sindicatos independientes, que no han sido intervenidos por los militares, han pedido al gobierno que restaure los derechos básicos, que aumente los salarios y que libere a los dirigentes encarcelados desde el golpe de 1976.

Estos sindicatos representan menos del 30 por ciento de la fuerza laboral.

En un intento por mejorar su imagen en el exterior, el gobierno militar envió recientemente una delegación a la Organización Internacional del Trabajo (OIT) en Ginebra.

El ministro del Trabajo, general Horacio Tomás Liendo, prometió ante la asamblea internacional un retorno gradual a los derechos laborales. En representación de los obreros argentinos asistió a Ginebra una agrupación de sindicatos no intervenida militarmente, la Comisión de los 25. Tal agrupación fue reconocida por la Confederación Internacional de Sindicatos Libres.

Aunque las dos fuerzas laborales están divididas en Argentina (la CGT por un lado, la Comisión de los 25 por el otro), en las últimas semanas se ha registrado una gran actividad entre los líderes sindicales, que buscan una unidad entre las dos centrales.

UNO / MAS / UNO

Cinismo, la política oficial argentina

► Tras de 30,000 crímenes, la junta militar clama inocencia

Luis Gutiérrez R./enviado

BUENOS AIRES, 9 de julio. — Elevado al rango de ideología oficial, el cinismo de la dictadura militar que oprime a la Argentina se asienta hoy sobre una montaña nauseabunda de asesinatos, torturas, destierros, secuestros y represión en todos los órdenes.

En 27 meses, apoyados en el llamado "Proceso de Reorganización Nacional", cada uno de los miembros del "triumvirato del Mundial" ha dejado estampada su firma en los crímenes cometidos directamente en contra de más de 30 mil argentinos.

Crímenes cometidos por quienes en alguna ocasión le dijeron al mundo que no tienen "vocación nazi".

Crímenes cometidos en el nombre de Dios, de la Virgen, de la Patria y del "honor militar".

Sobre la cúspide, tres nombres: teniente general Jorge Rafael Videla, comandante en jefe del Ejército; almirante Emilio Eduardo Massera, comandante en jefe de la Armada; general Orlando Ramón Agosti, comandante en jefe de la Fuerza Aérea.

Durante 30 días, el enviado de unomásuno recogió testimonios de estudiantes, catedráticos universitarios, líderes de sindicatos proscritos, intervenidos y no intervenidos, psicoanalistas, víctimas, sacerdotes católicos, periodistas y políticos condenados a llevar una miserable vida clandestina.

▷ Cinismo, la política oficial argentina

Crímenes contra más de 30 mil personas y el gobierno de Videla aún proclama su "inocencia"

■ de la primera

Y la recolección de evidencias explica y aun justifica —aunque ello resulte paradójico— la conducta de un noble pueblo que durante "los días del Mundial", se entregó desenfadadamente a un aliviador asueto, a un compás temporal de "desmemorización", sin importarle que la bandera de la victoria —la victoria lograda en las canchas de fútbol, alcanzada en las calles de las ciudades de todo el país—, fuera tomada también por el triunvirato de la dictadura para mostrar al mundo "la imagen de una Argentina feliz y en paz".

En algunos aspectos, los testimonios recogidos sobre torturas cometidas por los grupos de represión al servicio de cada una de las fuerzas en el poder, rebasan toda capacidad de asombro.

Mujeres y hombres estériles por la aplicación de la "pícnica eléctrica" en los órganos genitales, sofisticados métodos de castigo mental que han dejado a centenares de argentinos sumergidos en la locura, asesinatos masivos que pretendieron ser borrados con el depósito de cadáveres en las aguas de la costa atlántica o del Río de la Plata.

Pero la represión, en manos de la junta militar, tiene otras facetas no menos sutiles: prohibición de la cátedra de siquiatria en las universidades porque es "vehículo de subversión"; aniquilamiento de todo tipo de actividad política y sindical; censura a la prensa, al cine, a la radio, a la televisión, a la industria editorial; cierres de periódicos y encarcelamiento de periodistas que cometen "desacato a las Fuerzas Armadas"; campaña sistemática en contra del peronismo; inexistencia de la libertad de cátedra y toda una lista interminable de restricciones, castigos, amenazas latentes y ejercidas que, hace unos días, parecieron culminar con la creación de un nuevo delito: el de "traición ideológica".

El cinismo recorre e invade todas las estructuras del poder en la Argentina.

No escapa a él un hombre como el vicealmirante Oscar Montes, actual ministro de Relaciones Exteriores y Culto, quien se apersonó a fines de junio en la Organización de Estados Americanos, en Washington, para "invitar" a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos a visitar la Argentina, a fin de que comprobaran que aquellos "se respetan allí como en ninguna otra parte del mundo".

Se trata del mismo capitán de navío Oscar Montes, que a mediados de 1976, siendo jefe de Operaciones Navales de la Armada, ordenó el secuestro de dos jóvenes estudiantes argentinas, dos matrimonios y dos sacerdotes jesuitas que estuvieron detenidos en la Escuela Mecánica de la Armada. El mismo Montes que confesó entonces que a los jesuitas los había mandado aprehender por ser "capellanes del Tercer Mundo". Las seis personas restantes aún no aparecen.

O como el general Horacio Tomás Liendo, ministro del Trabajo, quien ante la asamblea de la OIT, en Ginebra, proclamó el respeto absoluto a los derechos de los trabajadores argentinos y ofreció un "pronto retorno a la normalización de la vida sindical", en momentos en que la Junta Militar mantiene intervenidos representantes de las tres armas a los 30 sindicatos más importantes del país, que agrupan al 70 por ciento de la fuerza laboral: poco más de dos millones de obreros.

Los defensores de Videla —los hay, indiscutiblemente— hacen lo imposible para que no se compare al jefe de los golpistas del 24 de marzo de 1976, con Augusto Pinochet, e invitan con frecuen-

cia, inclusive, "a evitar un pinochetazo" en la Argentina.

En Chile se reclama por la existencia de desaparecidos cuyo número varía de 500 a 2,000. Las cifras que se manejan en la Argentina superan los 20 mil desaparecidos. Y esta comparación en ningún modo pretende mejorar la imagen del dictador chileno, sino ubicar en su justo lugar la de Videla.

No hay espacio para la disensión en la vida universitaria argentina. Centenares de catedráticos de prestigio han emigrado a Europa o Estados Unidos, sofocados por la soga que les puso al cuello la dictadura. No hay organizaciones estudiantiles. Sus líderes están desterrados, muertos, desaparecidos o escondidos en algún rincón del país.

Tampoco resulta agradable advertir que el cinismo ha invadido las más altas esferas de los medios de difusión. Sea por el amedrentamiento que impone la Junta Militar, por la mordaza, por los asesinatos o por esa inconsciente actitud de una gran cantidad de periodistas que cierran los ojos ante lo que tienen ante sí y destacan, desmesuradamente, lo que ocurre en el exterior, la prensa no refleja ni el 5 por ciento de lo que ocurre en la Argentina.

Habían los periódicos, por ejemplo, de "una brutal represión de la dictadura en Chile", o de "grave violación de los derechos humanos en Brasil", o de los "golpes que la democracia sufre" en equis lugar del mundo.

Pero para enterarse de lo que ocurre dentro del país, es necesario hacer un esfuerzo y leer entre líneas, interpretar o deducir.

En alguna ocasión que los diarios pretendieron especular audazmente en torno al sucesor de Videla en la jefatura del ejército (a partir del primero de agosto, cuando Videla se convertirá únicamente en Presidente de la nación), recibieron una advertencia según la cual "esas especulaciones competen exclusivamente a las fuerzas armadas".

Teóricamente, cada uno de los jefes de las tres armas posee, según expresión del almirante Massera, "el 33 por ciento del poder". Pero lo cierto es que cada una de las fuerzas tiene sus detenidos, sus asesinatos, sus secuestrados, sus grupos paramilitares y sus métodos de tortura.

Y cada una de las tres armas posee, también, sus grupos agazapados, grupos de presión y de acción a cuyo frente se encuentran numerosos aspirantes al poder.

Videla, o más que Videla, el ejército argentino, concentra el mayor poder de decisión. Hay testimonios fidedignos de que el almirante Massera dijo una vez que "el asunto de los desaparecidos no se aclara porque el ejército no quiere".

Con Videla, en el ejército, comparten mando y ambiciones el general Roberto Viola, jefe del Estado Mayor y seguro sucesor como comandante en jefe cuando Videla pase al retiro como Presidente de la nación. Están también el general Rogelio Villarreal secretario de la presidencia y seguro próximo ministro; el general Antonio Vaquero, comandante del V Cuerpo de Ejército con jurisdicción sobre la Patagonia; el general Carlos Suárez Mason, comandante del primer cuerpo del ejército con jurisdicción en las provincias de Buenos Aires y La Pampa; el general Santiago Riveros, comandante de la guarnición de Campo de Mayo (a este hombre se le imputan bestialidades y es uno de los militares más temidos), y el general Luciano Benjamín Menéndez, comandante del tercer cuerpo del ejército y candidato velado para suceder a Videla.

En la armada, Massera ha logrado unir en torno suyo a todos los jefes y es *vox populi*, el enemigo potencial más peligroso de Videla. Massera se retira en septiembre del mando, pero admite que incursionará en la política.

En la Fuerza Aérea, el comandante en jefe, general Oriando Ramón Agosti (gran aficionado al fútbol), carece en realidad de fuerza política. También tendrá que retirarse en breve y tiene dos probables sucesores: los brigadieres Roberto Temporini y Omar Graffigna.

Hay un personaje más, de presencia aparentemente inofensiva pero en cuyo cerebro descansan los secretos más terribles de la dictadura: el general Albano Carlos Harguindeguy, ministro del Interior, con todo un ejército de matones, informadores y torturadores a su servicio. Su cabeza tiene un alto precio entre los Montoneros y los aparentemente dispertos y golpeados miembros del Ejército Revolucionario del Pueblo. Es un hombre en quien Videla confía ciegamente, para todo lo que sea menester. Absolutamente para todo.

Como quiera que sea, y con sólo dos civiles en el gabinete del actual gobierno (Juan José Catalá, ministro de Educación con un pasado nebuloso en la Federación Juvenil Comunista, y José Alfredo Martínez de Hoz hijo, ministro de Hacienda e íntimo amigo de Videla), el panorama para la Argentina no admite en el futuro inmediato y mediato otra visión u otra perspectiva que no sea la de los militares.

Hombres dueños del poder, de la fuerza, sobre cuyas acciones hay mucho que contar.